

Ritos de pasaje

¿Qué sentido tendría nuestra vida sin ellos?

Gustavo Berganza

Octubre es un mes de tránsitos. Es cuando los días empiezan a ser más breves y cuando la lluvia nos anuncia, a veces de manera muy destructiva, la inminencia de su partida. Es un mes también en el que finaliza el año escolar, y cuando muchos padres de familias experimentan la emoción de ver avanzar a sus hijos en la jerarquía del aprendizaje.

Actos cívicos, presentaciones de seminarios, graduaciones de primaria y secundaria, entregas de diplomas encarnan los rituales de pasaje mediante los cuales nuestros hijos son notificados del fin de una etapa y encaminados hacia otra nueva. Tal como sucede con los calendarios, los ritos de pasaje constituyen un recurso muy útil para entender el avance del tiempo y asimilar, sin demasiadas aprehensiones ni sobresaltos, los cambios que este acarrea. Si bien nuestros procesos biológicos carecen de momentos precisos para marcar el fin de la infancia, el inicio de la adolescencia o la entrada en la edad adulta, nosotros, en nuestro afán de asignarle sentido al tiempo, asociamos estas etapas de nuestra vida con momentos y ceremonias que suelen producirse en fechas precisas. De esa forma, el fin del sexto grado generalmente se asocia al fin de la infancia y la graduación del nivel medio conlleva, para los privilegiados que ingresaron al sistema de educación formal, la evidencia de haber reunido ya los requisitos que nuestra cultura exige para ser considerado un adulto.

Un diploma, entonces, no es solo la constancia de haber completado un ciclo educativo, sino es también nuestro pasaporte hacia una nueva identidad. Para llegar a eso ha sido necesario superar un proceso intelectual que también ha ido paralelo a cambios físicos. Además de saber más y adquirir nuevas habilidades, nuestro cuerpo ha experimentado cambios de talla, de aspecto y de funcionamiento. Y el proceso que implica haber podido alcanzar a ese momento –en términos de desvelos para preparar exámenes y sensaciones físicas y emotivas distintas– da cuenta de que el cambio en verdad se ha operado y tanto el niño que sale de sexto grado y el adolescente que se gradúa de nivel medio tienen el entrenamiento necesario y la aptitud corporal y emotiva para asumir las responsabilidades y afrontar los riesgos que demanda el estadio subsiguiente.

Imagino que más de alguno entre quienes me leen tendrá un hijo o hija que culmina la primaria o se gradúa del nivel medio. Hagan memoria de lo que experimentaron ustedes, de sus emociones y pensamientos durante los ritos que marcaron ese pasaje hacia un estadio diferente y asóciénlo al momento que viven en estos días sus hijos. Estarán ustedes de acuerdo conmigo que merecen ser vividos. Por favor, no se los pierdan.